

toria; que es el tipo del hombre; que, en cierto modo, por él fué por quien Dios se comunicó y unió á la humanidad; que Jesus es el revelador de la salvacion, y, por consiguiente, el Salvador, y que la religion fundada por él es la religion absoluta y definitiva (1).

Los libres pensadores reconocen de buen grado la grandeza incomparable de Jesucristo, y aún hay algunos cuyo lenguaje se parece mucho al de los protestantes liberales; pero ni aún estos últimos se hallan dispuestos á entrar en una comunión protestante; hasta ahora, ninguno de ellos lo ha hecho. En cuanto á la mayoría de los liberales, les cuesta trabajo comprender la importancia suma que el protestantismo liberal cifra en un nombre, en un hombre. Esto consiste en que carecen de tradicion, de lazo de union, de Iglesia; tienen aspiraciones hácia el porvenir sin tener pasado, y aquí precisamente está la causa de su impotencia. El porvenir procede siempre del pasado, le continúa transformándole: la humanidad no recomienza nunca su destino, como si jamás hubiera existido. Tenemos antecesores que nos han dado la existencia, y con la existencia, sentimientos é ideas que constituyen nuestra vida intelectual y moral. Esto quiere decir que, ignorada ó sabida, tenemos una tradicion; y ¿quién puede en esa tradicion disputarle al Cristo el primer papel? Las leyes del desenvolvimiento histórico deben llevar á los liberales hácia la persona de Jesus. ¿No es la civilizaci6n moderna esencialmente cristiana? Por más que ella contenga otros elementos, ¿no es el elemento cristiano el que predomina, el que constituye, digámoslo así, nuestra vida íntima? Achaque muy comun es elevar demasiado los personajes históricos, diciéndonos que son ellos los que forman la humanidad; pues si esto es cierto, ¿de quién mejor que de Jesus puede decirse? Sin Él no se concibe nuestra sociedad, así como no se concibe el efecto sin la causa. ¿No es esta una razon perentoria para inquirir lo que hizo ese Legislador, ese Rey, como le llaman con sobra de razon los protestantes liberales? Porque, en efecto, él es el rey de las almas, el legislador de los espíritus. El eco inmenso que tuvo *La Vida de Jesus*, por Renan, es una prueba de la necesidad que sienten los hombres de

(1) *Zeitstimmen aus der reformirten Kirche der Schweiz*, p. 5 y siguientes.

entrar en comunicaci6n con el que nos dió la vida espiritual. Este es un signo del tiempo, y no conocemos ninguno más importante ni más consolador.

Si los liberales se tornan á Jesucristo, también deben volver á la Sagrada Escritura, siempre con arreglo al desarrollo histórico de la humanidad. Jesus dijo que no había venido á abolir la ley y los profetas, sino á cumplírselos. Si la civilizaci6n moderna es incomprendible sin el cristianismo y sin el Cristo, de igual modo Jesus y su obra serían un enigma, si no nos remontáramos á los profetas y á la ley. Pero no se trata únicamente de un interés histórico. Los liberales, que tanto encanto encontraron en la lectura de *La Vida de Jesus*, deben confesar que en la enseña del Cristo hay palabras de vida, como dice uno de sus apóstoles. Es indudable que encontró en su genio esas palabras de vida; pero también las encontró en los profetas y en la ley que vino á cumplir. ¿Por qué no buscaremos nosotros nuestro alimento espiritual donde le encontró Jesucristo? Esto es lo que hacen los protestantes. Vamos á citar una página de un escritor reformado, que es al mismo tiempo un libre pensador, lo cual prevenimos á nuestros lectores para que tengan alguna confianza en sus palabras:

„¿Cuántas veces, dice M. Scherer, no se ha apoderado la Escritura del alma del mofador y detenido al mundano en el desbordamiento de sus pasiones! ¿Con qué ascendiente acusa al pecador acobardado! ¿Con qué dulzura levanta al pecador arrepentido! ¿Qué horizontes de esperanza no abre ante la mirada del desconsolado! Lo que se deja oír es la voz del perdón, la voz de un Dios que se llama nuestro Padre, la voz de un amor más profundo que el infierno y más poderoso que la muerte.

„Abró el Génesis, y leo en el relato sencillo y misterioso de la primera trasgresi6n la historia de todas las tentaciones y de todas las caídas; cojo el Salmista, y mis remordimientos, mis aspiraciones y mi gratitud encuentran una voz; recorro los Profetas, y en ellos escucho á Dios que desdeña el sacrificio y se complace en habitar en los corazones humildes y contritos. Despues aparece el Predicador de Nazareth, el que nos habla de Aquel sin cuya voluntad no se mueve la hoja del árbol. Declara bienaventurados á los afligidos, y prometé la paz del alma á los que vienen á Él; y el encanto de sus palabras deja como una estela luminosa en los abismos de mi corazón y en los misterios de mi

existencia. Por último, detras del Hijo del Hombre vienen sus discípulos: uno proclama las riquezas del amor del Cristo y nos declara que su cruz es su gloria, su sufrimiento su privilegio y la muerte su esperanza; otro nos habla de la manifestaci6n de una nueva vida y del Salvador que se mostró al mundo lleno de gracia y de verdad.

„La impresi6n producida por todas esas palabras no es una idea, es un hecho. Esa luz proyectada en los abismos del corazón, esas confusiones involuntarias, esas aspiraciones hácia el bien y hácia Dios, ese tierno respeto por Jesus, esa vergüenza del pasado, esa impaciencia del pecado, ese deseo del bien, esa sed de la vida eterna, todas esas cosas son hechos, y la potencia que tales efectos ha producido es un hecho también. La palabra que tan irresistiblemente nos conduce á Dios no puede venir sino de Dios.

„La Biblia será siempre el libro potente, el libro maravilloso, el libro por excelencia, la luz de los espíritus y el pan de las almas. En vano ha encontrado en ella la piedad supersticiosa un manantial de pueriles invenciones; ha triunfado de la tontería de los unos y de las negaciones de los otros, triunfará aún, y siempre continuará siendo el consuelo de los dolores y la paz de los corazones. Si hay algo cierto en el mundo, es que los destinos de la Biblia están ligados con los destinos de la santidad sobre la tierra, (1).

Los libres pensadores convendrán de buen grado en que la historia es para las sociedades la condicion de su conciencia nacional; por consiguiente, la historia sagrada debe ser para el cristiano la condicion de su conciencia religiosa. Pero á los libres pensadores no inspiran ningun interés los héroes de la antigua ley, y mucho ménos los grandes personajes de la ley nueva. No conocen á San Pablo sino de nombre, y muchos de entre ellos no han oído hablar jamás de San Esteban ni de San Juan Bautista. Este es un vicio de nuestra educaci6n los que se educan en nuestros establecimientos clericales aprenden á conocer á San Ignacio y al beato Labre mucho mejor que á los apóstoles. Hay, pues, falta de cultura en el sentimiento cristiano. Pero aún no es todo. Aunque los libres pensadores lean la Biblia con respeto, preciso es confesar que no encuentran en ella esa edificaci6n que Scherer

(1) SCHERER, *Mélanges de critique religieuse*, p. 47-49, 62.

pondera tanto. Hay muchas cosas que les chocan; y si la leen hasta el fin, no sienten el deseo de volver á leerla. ¿Debemos concluir de aquí que la Biblia dejará de ser el libro de la humanidad? Permitásemos una comparaci6n: como la Grecia por las artes, como Roma por el derecho, la raza judía brilló por el sentimiento religioso. Nuestros artistas no tienen la pretensi6n de sobrepujar á Homero y á Fidias, y nuestros jurisconsultos confiesan que los Ulpiano y los Papiniano serán siempre sus maestros. ¿No debemos decir lo mismo de los profetas hebreos y de los escritores que la humanidad reconocida ha llamado sagrados por espacio de mucho tiempo? Llevemos más lejos nuestra comparaci6n: durante nuestra juventud, leemos á Homero y á Sófocles, y todo el mundo conviene en que la literatura clásica es la más propia para desarrollar el sentimiento del arte. Lo mismo sucede con las obras maestras jurídicas de Roma que se estudian en nuestras escuelas, por más que nuestro derecho no sea ya el de Justiniano; es una gimnástica intelectual que forma el espíritu jurídico, y este espíritu se conserva, aunque haya muy pocos legistas que vuelvan á leer ó á consultar el cuerpo del derecho romano. Pues bien, ¿no sería la Biblia, la Biblia explicada con inteligencia y bajo el punto de vista de las ideas modernas, el mejor nutritivo para la infancia y la juventud, si es que se quiere darles un alimento que desarrolle y fortifique el sentimiento religioso?

Lo que para hombres ya formados sería difícil, tal vez imposible, es cosa fácil para la infancia y la juventud. Sucede con la facultad religiosa como con todas nuestras facultades intelectuales: cuando no se las cultiva, se atrofian. Es necesario empezar por la infancia; para los hombres que han llegado á cierta edad es ya muy tarde, por lo ménos en el estado actual de los espíritus. Segun nuestro parecer, la falta es debida principalmente á la educaci6n religiosa. Para remediarla, menester es una educaci6n verdaderamente cristiana. También el protestantismo liberal tiene una parte de responsabilidad; hasta hoy, y en todo el continente europeo, no existe como iglesia. En Francia, en Alemania y aún en la misma Suiza, hay pastores liberales, pero no hay Iglesia liberal, por cuya razon es imposible que los libres pensadores se hagan protestantes. Puede afirmarse que nunca abrazarán el protestantismo más ó ménos ortodoxo que reina en

las Iglesias oficiales. Con este objeto se han hecho ya tentativas, y ha habido conferencias y discusiones que no han tenido ningun resultado ni pueden tenerlo. Al que se aleja de la Iglesia, porque el catolicismo no da satisfaccion á sus necesidades de libertad individual, tampoco puede satisfacerle el protestantismo. ¡Cuántos hombres hay que experimentan la necesidad de creer y que desearian entrar en una comunión religiosa! Pero no quieren la del catolicismo, y el protestantismo, léjos de atraerlos, les repugna mucho más que la Iglesia que han abandonado.

Esto es la condena de la ortodoxia protestante; pero tambien es la causa de la impotencia á que se hallan reducidos los protestantes liberales. No tienen Iglesia, ni tan siquiera tienen bandera, y, por lo tanto, no ejercen ninguna influencia en los espíritus. Puede decirse que, en realidad, el liberalismo cristiano no existe aún sino en el estado de aspiracion, que sólo empieza á interesar á los hombres que se preocupan del porvenir religioso de la humanidad. De ahí el original llamamiento que Eugenio Sue dirige á los demócratas. Pero hay palabras más serias que el llamamiento citado; Victor Hugo decia á un protestante liberal: "¿Por qué guardais silencio? El momento ha llegado y os escuchan. Hablad al gran público, no os confineis en vuestro reducido círculo," (1). Á esto responde Mr. Réville que la hora no ha llegado aún, que hay todavía entre los libres pensadores demasiadas preocupaciones contra el protestantismo. "Las escuelas filosóficas francesas, dice Mr. Réville, no nos quieren." Y añade que el protestantismo mismo, ántes que pueda ejercer una influencia notable en los espíritus, necesita regenerarse. Esta renovacion se está operando ya, y á medida que se cumple crece el protestantismo y echa más hondas raíces en la opinion pública; pero aún falta mucho para que el trabajo esté concluido (2). Nuestro siglo es una época de transicion.

III.

Pero lo que no se ha hecho se hará. No somos aficionados á predicciones, y, sin embargo, hay una profecía que los libres pensadores pueden y

(1) *Le Disciple de Jésus-Christ*, revue du protestantisme au dix-neuvième siècle, 1866, t. I, p. 261.

(2) RÉVILLE, en *le Disciple de Jésus-Christ*, 1866, t. I, p. 201.

deben aceptar: la que Dios mismo hace continuamente en la historia. Las formas que en el transcurso de los tiempos ha revestido el cristianismo se gastan; subsisten aún por el poder de la costumbre, por los intereses que los establecimientos seculares crean, pero subsisten sin vida. El catolicismo se jacta de ser inmutable y eterno precisamente cuando el trono del soberano pontífice se derrumba y amenaza arrastrar la Iglesia en su ruina. ¡Compárese esta decrepitud con la Edad Media! ¿Dónde está la soberanía que los papas ejercian sobre los reyes y los emperadores, soberanía que reivindicaban como vicarios del que era al mismo tiempo rey y sacerdote? ¿Qué inmenso abismo entre este dogma y la realidad del siglo XIX! Lo mismo sucede con el calvinismo y el luteranismo. Oigamos á un pastor reformado: "¿Dónde está el calvinismo, con su dogma de la predestinacion, como clave de bóveda? Por más que busco, entre los que se dicen ortodoxos, un observador sincero que sea consecuente con la confesion de La Rochella, no le encuentro. ¿Dónde está el luteranismo con su dogma de la presencia real, con su doctrina de la comunicacion de los idiomas en Jesús, imaginada para cimentar el otro dogma de la ubicuidad de Jesucristo? En vano discipulos serviles se han atendido á la letra de las antiguas fórmulas; no han llegado á ser ortodoxos como los luteranos del siglo XVII. El luteranismo ha pasado tambien," (1). Las antiguas religiones se van. ¿Es esto decir que la religion se vaya tambien? Algunos lo aseguran; pero no tememos ser falsos profetas prediciendo que el porvenir se encargará de darles un solemne mentis. Los hombres son seres religiosos, y para ello hay una razon perenne: quieren conocer su destino. ¿Quién de nosotros no se ha dirigido alguna vez estas terribles preguntas: ¿de dónde venimos? ¿adónde vamos? ¿qué hacemos sobre la tierra? Cuando encuentran una respuesta á esas preguntas, su vida se desliza, ya que no sin dolores, á lo ménos en la resignacion y la esperanza. Pero sucede que las antiguas soluciones del problema llegan á no satisfacer las conciencias, porque dejan de estar en relacion con el progreso de las ideas y de los sentimientos. Entónces nace la duda, y con ella la agitacion y el tormento; entón-

(1) FONTANÈS, *les Paroles de Jésus (Le Disciple de Jésus-Christ)*, 1865, t. I, p. 11, 12.

ces ya no hay reposo para la humanidad hasta que no encuentre una nueva respuesta que satisfaga sus eternas preguntas. "¿Cómo quereis, dice un filósofo, que el hombre viva en paz, cuando la razon, encargada de la conducta de la vida, queda en la incertidumbre de lo que es la vida misma y no sabe nada de lo que necesitaría saber para llenar su mision; cuando ignora lo que significan el hombre, la especie y la creacion; cuando todo es enigma y misterio y asunto de dudas y de alarmas?," (1).

La humanidad se encuentra hoy en una de esas épocas de crisis: se desprende de una creencia antigua y aspira á una solucion del problema de su destino. ¿Cuál puede ser esta nueva solucion? ¿Será una nueva religion? Los libres pensadores responden que una nueva religion es imposible, y su respuesta es justísima, si por ello entienden una revelacion sobrenatural. La humanidad ha vuelto la espalda á la religion tradicional, porque ya no cree en una religion milagrosa, porque ya no cree ni puede creer en misterios ni en la verdad absoluta. Si el Cristo volviera hoy á proclamarse el Mesias y á anunciar que el reino de Dios estaba próximo y que era inminente el fin del mundo, no encontraría quien le creyera. ¿Será una religion racional la que ponga término á la crisis? Por su parte, los partidarios del pasado dicen que esto es radicalmente imposible. Para ellos no puede haber religion sin revelacion divina. "Siempre que el hombre quiere fundar la religion en la razon, dice Lacordaire, cae inevitablemente en el abismo de la incredulidad," (2). Por otro lado, leemos en una pastoral episcopal que el racionalismo es una verdadera idolatria (3). Concíbese que los que creen que la fe no revelada es falsa califiquen de incrédulos á los racionalistas. Pero ¿cómo concebir que la creencia en Dios pueda ser idolatria? Esto está fuera del alcance de nuestra razon. Opongamos á esas absurdas imputaciones la voz de un hombre de genio que por espacio de mucho tiempo fué sólida columna del viejo catolicismo.

Lamennais dice: "Aún hoy mismo, los hombres no conciben una religion fundada en la razon únicamente, porque esa religion perdería á sus ojos su grandeza y casi toda su autoridad, si no tuviera

por origen una revelacion sobrenatural, fuera de las leyes que presiden á todo el resto de la vida humana. Pero ¿no es esta una preocupacion que debe ceder ante la evidencia? ¿Por ventura no emanan de Dios directa y necesariamente las leyes que rigen al hombre? ¿Pueden existir dos órdenes de leyes, uno fundado en la razon y otro que se halle por encima de la razon? Antiguamente así se creía, no sólo para la religion, sino para todas las cosas. Las leyes civiles y políticas, así como las artes y las ciencias, pasaban por revelacion divina. Poco á poco, el inmenso círculo de esas revelaciones fué estrechándose; excluyéronse las artes, las leyes y las ciencias, y no quedó en él más que la religion. Muy pronto acabará de cerrarse ese círculo, y el hombre comprenderá que no existe sino un orden en que todo se produce y se encadena con arreglo á leyes inmutables, permanentes, eternas, de una magnífica unidad, imágen de la unidad de Dios," (1).

Lo que Lamennais predijo para el porvenir se está cumpliendo á nuestra vista en el seno del protestantismo liberal, y en esto consiste la inmensa importancia del movimiento llamado á decidir de los destinos de la humanidad. Mientras no hubo religion positiva ni Iglesia basada en creencias racionales, fuera de toda revelacion milagrosa, los partidarios del cristianismo histórico podían tachar de vana utopia la religion del porvenir. Pero existiendo un establecimiento religioso, no puede ya negarse la posibilidad de su existencia. En lo que concierne á la posibilidad de una religion racional, el problema está desde ahora resuelto. En Francia, en Alemania, en Suiza hay pastores y rebaños que rechazan toda revelacion milagrosa. En Inglaterra y en los Estados-Unidos se alzan Iglesias sobre cimientos racionales. Los ortodoxos dirán que esas Iglesias no son Iglesias, que la pretendida religion que en ellas se predica es una filosofia. ¡Digan lo que quieran! Si esa filosofia satisface las necesidades religiosas de las poblaciones, si ella tiene poder bastante para estrechar el lazo entre Dios y los hombres, para unir á éstos en una ley de amor, para fortificar la moral purificándola, ¿qué más se necesita?

Resistanse, enhorabuena, los protestantes orto-

(1) JOUFFROY, *Mélanges philosophiques*, p. 370.

(2) LACORDAIRE, *Conférences*, t. II, p. 105.

(3) *Mandement de l'Evêque de Gand*, 11 de février 1862 (*Le Bien public*, du 24 février 1862).

(1) LAMENNAIS, *Discussions critiques et Pensées diverses sur la religion et la philosophie*, p. 51, 52.

doxos; su resistencia será vana, porque no se apoya en ningún principio. Medio racionalistas ellos mismos, cogidos en el movimiento, tendrán que seguirle fatalmente, á ménos que no desanden el camino y retrocedan hasta el catolicismo, es decir, á ménos que no cometan una desercion. Pero estos desertores forman siempre una imperceptible minoría; la masa compacta se compone de retardatarios que llegan al mismo término que sus hermanos más avanzados. Lo más difícil es conducir á los católicos á ese término. Hay millares de católicos que no lo son sino de nombre; y ya lo hemos dicho: la fuerza de las cosas los llevará al protestantismo liberal; si no á las generaciones envejecidas en las antiguas ideas, por lo ménos á las jóvenes. Y esta opinion no es sólo nuestra; una opinion aislada no tendría ninguna importancia. Hé aquí lo que leemos en una revista que expresa bastante bien los sentimientos y las ideas de las clases superiores: "El protestantismo de Lutero y de Calvino, rígido y literal, repugnaba á los pueblos latinos; el protestantismo dulcificado, transformado por la exégesis, acomodado á las necesidades de la ciencia y de la civilizacion, indefinidamente agrandado y depurado, puede llegar á ser la religion filosófica, liberal y moral por excelencia, y á atraer, aun en los países de raza latina, á esa clase superior que en tiempo de Voltaire y de Rousseau adoptó el deísmo.", (1). Una prueba de esas esperanzas es el éxito prodigioso que obtuvo la obra de Renan. Este éxito, dice M. Réville, no se debe sólo á la perfeccion de la forma; tiene por causa primera la inquietud religiosa que se había apoderado de las almas descontentas del pasado y del presente, y el deseo de encontrar algo mejor que las ortodoxias y las incredulidades que nos habían sido legadas (2).

Quedan los creyentes. Éstos proclaman que el catolicismo es eterno. Escritores protestantes hay que participan de esta creencia, mejor dicho, de esta desesperacion del porvenir, verdadero ateísmo, puesto que supone que el error triunfará de la verdad. "El catolicismo, dice Macaulay, subsistirá aun cuando los viajeros de Australia vengán á las ruinas de París ó de Londres á dibujar los desmantelados arcos de London Bridge ó los derrumbados muros del Panteon.", En otra parte hemos protes-

(1) TAINE, *Revue des Deux Mondes*, 1835, t. III, p. 300.
(2) RÉVILLE, *Revue germanique*, t. XXVII, p. 625.

tado contra esta prediccion desconsoladora (1). No; el sol ilumina al mundo, y las tinieblas no están llamadas á eterno imperio. En vano se jacta el catolicismo de su inmutabilidad y de su eternidad. La inmutabilidad es una ficcion, porque ella se opone á las leyes que Dios ha dado al hombre, porque se funda sobre una pretendida revelacion de Dios, otra ficcion que el espíritu humano rechaza. ¿Qué resta entónces? Un establecimiento fundado por los hombres. ¿Y se reivindica la eternidad para una obra humana! ¿Y el edificio que debe desafiar la eternidad de los tiempos se desmorona á nuestra vista! ¿Bien dicen que Dios ciega á aquellos á quienes quiere perder! El papa trabaja admirablemente en la ruina de la Iglesia provocando un cisma en su seno; el cisma existe en los espíritus y pronto estallará en los hechos. El papado, en bulas solemnes, condena la civilizacion moderna, y reprueba y anatematiza la libertad, los principios del 89, todo lo que constituye la vida de nuestras sociedades. ¿Opina también así el mundo católico?

Lo que el papa condena, la sociedad laica lo celebra como la más preciosa de sus conquistas, como el principio de su vida. En la misma Roma, á la vista del padre santo, el pueblo se agita por obtener esos derechos y esas garantías que el vicario de Dios marca con un sello de maldiccion desde lo alto del Vaticano. Hé ahí consumado el cisma, que dos papas han creído deber denunciar al mundo católico. ¿Se hacen la ilusion de que, á su voz, desgarrará el mundo sus constituciones é irá á colocarse bajo el yugo de la Iglesia? Si lo creen, esta es una nueva prueba de la decadencia irremediable del catolicismo. Enhorabuena que en Roma se contenten con vegetar; las naciones quieren vivir, y dejarán que las momias que dominan en el Vaticano se envuelvan en sus tiaras y prosigan su camino, aunque deban seguirlo á través de un cisma. Pero aún no es todo. La division ha entrado ya en el santuario: una parte del clero, por conviccion ó por necesidad, poco importa, se vuelve hácia los principios del 89. Hay obispos, hay sacerdotes que aprueban lo que el papa reprueba; hé ahí el cisma. El abate Maret escribe lo siguiente, en una revista fundada para sostener la alianza de la libertad y de la religion: "El nuevo órden

(1) Véase la parte décima de mis *Estudios sobre la historia de la humanidad*. Introduccion.

social posee una *bondad absoluta* y una *bondad relativa* que nosotros reconocemos y amamos.", ¿Opinan de esta manera Pío IX y Gregorio XVI? Esa *bondad absoluta* que el abate reconoce en la civilizacion moderna, ¿se refiere por ventura á los progresos materiales que la civilizacion ha realizado? De ninguna manera. El abate Maret, como todo católico debe hacerlo, aspira á la unidad, á la verdad, esto es, á la reunion de todas las sectas cristianas en el seno del catolicismo. ¿Podría entónces prescindirse de la libertad? No; "aun cuando la Iglesia, dice, consiguiera restablecer la verdad y la unidad, debería conservar la libertad.", Así pues, la libertad forma parte de la *bondad absoluta* que el abate encuentra en nuestro estado social. ¿Opinan así los jesuitas que redactan la *Civiltà Cattolica*, á vista y paciencia del papa?

La libertad que más estiman los pueblos modernos es la libertad de pensar. Hé aquí en qué términos habla de ella el obispo de Langres: "*Amamos la libertad de pensar* y creemos que se daña al bien cuando en una carrera que más que ningun-

na otra es del dominio del pensamiento, se pretende encadenar las inteligencias y llevarlas de reata.", (1). ¿No es la libertad de pensar la libertad del mal lo mismo que la del bien? Y ¿no es uno de los axiomas del ultramontanismo que la libertad del mal es la abominacion de las abominaciones? Pues hé ahí á una parte del clero declarando que *ama* lo que Roma maldice. ¿No es esto un cisma? ¿Verdad es que los católicos que tienen ese lenguaje continúan llamándose hijos adictos de la Iglesia! ¿Pero ese cariño filial es una ficcion! Quiéran ó no quieran, hay desde ahora dos catolicismos; y si ya no es el cisma, por lo ménos es el gérmen. Y ese gérmen concluirá por producir una nueva defecion mucho más considerable que la del siglo XVI. No nos preocupemos de cuándo ni cómo tendrá lugar; la mano de Dios es la que marca la hora, y no nos faltará su apoyo cuando la hora llegue.

(1) MARET, en el *Correspondant*, 1845, t. IX, págs. 174 y siguientes.